

LUIS MARTÍNEZ DE CASTRO: HACE 120 AÑOS

Marianne O. DE BOPP
Universidad de México

LUIS MARTÍNEZ DE CASTRO nace en México el 7 de julio de 1819. Sus padres, Gertrudis Mesa y Gómez y Pedro Martínez de Castro, —magistrado de la corte de justicia, hombre sabio y de integridad, respetado y estimado —viven, como parece, en una situación económica acomodada. El nacimiento de su hijo mayor cae en un tiempo turbulento de México, un tiempo de desorden, de guerra civil, de luchas por el poder, secuencia fatídica desde hacía decenios.

Un gobierno provisional tiene que enfrentarse a las intrigas de las potencias europeas, que intentan ayudar a España a recobrar sus dominios en América. En 1825, cuando Luis Martínez de Castro entra en la escuela primaria, los últimos españoles capitulan en la fortaleza de San Juan de Ulúa. Pero continúa la guerra civil entre el partido español y el liberal. Santa Anna, desterrado anteriormente, con una pensión en premio de sus grandes servicios a la patria, en 1833 es elegido presidente por los liberales. Pero la política algo anticlerical del vicepresidente Gómez Farías resulta en que Santa Anna cambie de ideología y favorezca pronunciamientos, como aquél de Morelia, con el lema “Religión y Fueros”, y Gómez Farías es expulsado del país.

La cuestión de Texas se vuelve más y más amenazante. Durante su gestión, Santa Anna descuida las provincias de las fronteras; ante lo inevitable, el presidente general sale en 1836 a combatir la rebelión de Texas; derrotado, cae prisionero del general Houston, y temeroso de ser fusilado reconoce la independencia de Texas, ordena la retirada y regresa a México.

Recupera su prestigio ante la opinión pública, cuando en 1838, durante las reclamaciones de Francia y el bombardeo de Veracruz, cae herido y le es amputado un pie.

Durante los años de 1832 y 1833, después de haber terminado su educación primaria, Luis Martínez de Castro —entonces de 14 y 15 años de edad— sigue en el nuevamente organizado Seminario de Minería los cursos primero y segundo de Matemáticas, al mismo tiempo que aprende el idioma francés; en 1834 y 1835 estudia el inglés. Se distingue de tal manera que le otorgan el primer premio en francés, a pesar de que éste no debía ser dado a un alumno externo; y el profesor de inglés anota en su certificado que, de haberlo permitido los estatutos, le hubiera dado el premio igualmente. Guillermo Prieto, condiscípulo suyo, cuenta que Luis “aprendió Matemáticas con aprovechamiento con D. Manuel Castro y era orgullo de su maestro D. Juan Palacios, en cuanto a la posesión perfecta del inglés”. Parece muy probable que en el Seminario de Minería Luis Martínez de Castro haya estudiado también el alemán, curso introducido en 1833, según el nuevo plan de estudios, y a cargo entonces del profesor Jorge Ruger.

Sin duda, el joven tenía gran talento para el estudio de las lenguas; hay testimonios de que hablaba y escribía el francés, el inglés y el alemán con la mayor perfección; que sabía también el griego, entendía el italiano y que al tiempo de su muerte estaba estudiando el latín y, más todavía —según García Icazbalceta—, había copiado algunos libros mexicanos, porque pensaba aprender el mexicano.

Además sabía mucho de historia, tenía conocimientos de astronomía y otros ramos de las ciencias; poseía muy amplios conocimientos en diversas literaturas europeas, adquiridos con empeño, gracias a una disciplina rigurosa.

Pertenecía —muchacho de 14 a 16 años— al círculo de los jóvenes literatos, periodistas y poetas en ciernes que frecuentaba Guillermo Prieto. Fue miembro entre 1833 y 1836 de las tertulias literarias de Francisco Ortega, junto con Antonio Larrañaga, Ignacio Rodríguez Galván y Manuel Carpio y Silva.

Tenía entonces diez y seis años de edad —relata Guillermo Prieto— era bello de cuerpo, ancho de espaldas, de ojos saltones y nariz romana, pulcro en su vestido, escaso en palabras, reservado y discreto, de moral severísima, estudioso y lleno de bondad para cuantos le trataban.

De conversación muy amena, entre sus amigos era famoso por sus respuestas agudas, acertadas e ingeniosas, aunque siempre guardaba el más escrupuloso decoro; ni los mismos contertulios se atrevían con él a “dar suelta a la sin hueso con las desviaciones permitidas a la edad”, pero le admiraron como sarcástico, ingenioso, festivo y juguetero con la pluma.

No deja de sorprender que con tantos brillantes talentos hubiese resuelto dedicarse al comercio, a menos que se tratara de una decisión tomada por necesidad económica o en sometimiento al deseo de sus padres, en cuya casa Luis vivía.

Entre sus múltiples estudios también había aprendido la teneuría de libros, y en 1836, a los diez y siete años, entró como empleado en la oficina de la casa comercial Maning y Marshal (más tarde Maning y Mackintosh). A los diez y ocho años de edad, los jefes de la renombrada e importante casa (primera en magnitud y variedad de sus negocios, según García Icazbalceta) le tenían suficiente confianza para encargarle la caja. El cumplimiento exacto de sus deberes públicos y privados, aun los más pequeños, su puntualidad en las obligaciones en todo cuanto tomaba a su cargo, fue una de las características más marcadas de su carácter.

Aparte de su empleo, que en aquella época le ocupaba no sólo ocho horas diarias, sino diez o más; además de sus sistemáticos estudios diarios y de la redacción de artículos, todavía le quedó tiempo para dar lecciones a sus hermanos menores y a algunos amigos, que lo elogian como maestro puntual y cumplido. Entre ellos, Joaquín García Icazbalceta recibió lecciones de alemán y asegura que en lenguas menos difíciles no hizo jamás tantos progresos como en ésta, gracias a la claridad y amplitud con que Martínez de Castro resolvía todas sus dudas.

Figura singular, este joven con un sentido prusiano para el deber y un alma grandemente sensible llevaba una vida meticu-

losamente ordenada, lo que quizás no fuera sino una armadura contra el mundo. Sensible y agresivo, cualidades tantas veces reunidas en la misma alma, sensitivo y vulnerable, no cejaba en el incansable afán de cultivarse e instruirse en cualquier campo de las ciencias y las letras. Quizás la sobriedad de su ocupación le permitió mantener el equilibrio entre alma y mente.

Había empezado a escribir desde muy joven artículos "humorísticos", más bien satíricos, en un periódico manuscrito, titulado *Obsequio a la amistad* (1836), entre los cuales "Don Pomposo Rimbomba" le dio cierta fama.

Quizá su talento literario le hubiera permitido lograr obras importantes, pero su prematura muerte, a los veintiseis años, no permite sobre eso más que conjeturas. Evidentemente, su inclinación le orientaba hacia la poesía de tendencias románticas que en aquella época empezó a conocerse en México; la poesía sentimental de fines del siglo XVIII y de la época del Sturm und Drang en Alemania, que anticipa tantos rasgos románticos. Aquella poesía que debajo de su excesiva sentimentalidad y un idealismo vago y nebuloso, a su vez cobijaba en Alemania y Austria actitudes revolucionarias y de resistencia contra la opresión política y la persecución de ideas liberales y democráticas.

Luis Martínez de Castro demuestra esta preferencia en la selección de sus traducciones del alemán: Bürger, anticipando el Sturm und Drang; el preromántico Jean Paul; y habla, como persona que los ha leído y los conoce bien, de Schlegel, de Hölderlin, Novalis, del revolucionario Forster, de Humboldt; además, el artículo "El hombre sensible" (1844) tiene reminiscencias lo mismo de Klopstock, del Werther y del más puro romanticismo. Incansable en sus lecturas, influido, como la juventud de todo el mundo de entonces, por las ideas románticas de libertad, patriotismo e idealismo, quizás inspirado también por el "In tyrannis" de Schiller, seguramente vio con dolor los acontecimientos infortunados que se desarrollaban en el México que le tocó vivir.

El gobierno dictatorial de Santa Anna o de los vicepresidentes impuestos por él cada vez se hace más odioso, y la ame-

nazante guerra de Texas, que debía distraer la opinión pública, sólo sirve para hacer la situación más tensa de año en año.

El desorden administrativo empeora. La crítica al gobierno acerca de los despilfarros de dinero público se hace más y más ostensible. El ejército, reunido por levas injustas, lujosamente uniformado en la capital, vive en la miseria, casi desnudo y sin sueldos en las provincias. La inflación es cada día peor, los comerciantes viven en la desconfianza, las contribuciones excesivas pesan sobre las clases más pobres; todo estos factores aumentan el descontento general. Hay brotes de revolución que cunden rápidamente; levantamientos en diferentes provincias, que Santa Anna quiere sofocar por medio de las armas, hasta que se ve obligado a huir y, en mayo de 1845, el Congreso lo condena al destierro.

Son tiempos turbulentos que preocupan a todos los jóvenes. Pero frente a la miseria de la patria, al peligro de la guerra amenazante, la mayoría de los contemporáneos de Martínez de Castro se muestran fríos, indiferentes y egoístas. En 1844, en el *Liceo Mexicano*, donde aparecen varios artículos de Luis Martínez de Castro, hay uno muy significativo por su carácter, titulado "El hombre sensible", que lleva un epígrafe del *Agathon* de Wieland, en alemán y con su traducción: "Y ardió al punto su corazón —y abominó de los hombres, afecto de que únicamente es susceptible el amante de la especie humana."

El artículo empieza con las siguientes palabras:

Hay un linaje de hombres en la tierra que no sé si llamar desdichado o feliz, y que parece haber venido al mundo tan sólo para sentir y padecer.

Trazando su propia imagen, sus propios sentimientos, continúa:

A diferencia de sus demás hermanos, si así pueden llamarse unos seres que sólo les semejan en forma y las debilidades naturales, nada tiene su existencia de monótono ni artificial: de suerte que la vida para ellos es una continua disyuntiva entre el placer más dulce y la amargura más atroz: porque en efecto, ¿qué puede el arte ni la fuerza del hábito, donde únicamente predomina el corazón? Dotados

además por la naturaleza de una sensibilidad tan exquisita que el más ligero choque conmueve sus fibras y las hace vibrar todas hasta lo más íntimo del corazón: ¿por qué desgracia se miran destinados a vivir en contacto con otras criaturas que llevan la insensibilidad retratada en la frente, y cuya impasible mirada les causa a cada instante una dolorosa impresión?

Y desesperado, en el tono del *Werther*:

... ¿qué otra cosa es la vida sino un pantano inmundo en que a cada paso que damos, a cada movimiento que hacemos, nos sumergimos más y más en el fango? Nadie, nadie hay bastante poderoso en la tierra para sacarnos de tanta fetidez, sino la muerte, la piadosa muerte que nos viene del cielo. Diez o veinte años más de vida, ¿qué vienen a ser? otros tantos granos más de arena en la ampolleta.

palabras que pone en la boca del "hombre sensible."

Sus padres debían haber fallecido ya para esa fecha:

La que con mano cariñosa me condujo por el vergel de mi infancia, aquella cuyos ojos radiaban de alegría o derramaban lágrimas, según que en mi frente estaba pintado el gozo o el dolor; la que con un solo beso calmaba el fuego que brotaba de mis sienes, la que hubiera expirado si antes que ella hubiese yo bajado a la estrecha morada de los muertos, y cuya sola imagen me trae a la memoria la beneficencia, el sublime candor, mi madre en fin, mi dulce madre —ya no existe.

Él que iluminó mi mente para que no se extraviara en el tenebroso laberinto de las pasiones; él que con sabia mano arrancaba de mi corazón la simiente del vicio, antes de que echase raíz, y procuró desarrollar el germen de las virtudes que mi tierna madre depositó en él, mi guía más seguro, mi más probado amigo, mi ángel tutelar, mi padre, ¿y quién sino mi padre? —ya no existe.

Pero Luis Martínez de Castro no sólo escribe en tono elegíaco, sentimental y romántico. La agresividad y la ira también están en su carácter. Cuando se cree atacado reacciona violentamente. Bajo el seudónimo de Malaespina y Bienpica se expresa airado contra un viajero alemán, Isidoro Löwenstern, autor del libro *Memorias de un viajero*, del cual circulaba ya

en México profusamente una crítica de José María Tornel. El título del artículo de Martínez de Castro, "Isidoro Löwenstern y sus memorias sobre México", ostenta el epígrafe: "*Es lügt der Slave-Miente el esclavo*". Lo que más le enardece, aparte de las observaciones denigrantes del autor, es la sospecha de que el prejuiciado viajero crea necesario recomendar una intervención europea en México. "Injusticia se comete apellidando indistintamente viajeros a todos los que viajan... existen otros, y no son pocos, que a semejanza de los pintores de brocha, tan sólo saben pintar de blanco lo que era negro y más frecuentemente lo contrario...

Y para demostrar las ideas equivocadas del viajero Löwenstern, cita, traduciéndolos, algunos trozos de la obra de otro viajero alemán, C. C. Becher en su libro *México en los memorables años de 1832 y 1833*, "obra enteramente desconocida entre nosotros, acaso por el idioma en que está". No se crea que "son un panegírico de los mexicanos. Nada menos que eso; contienen críticas justas así como otras fundadas en gravísimos errores; pero se echa de ver muy fácilmente, leyendo la obra entera, que ni en éstos ni en aquéllos ha tenido parte el odio a esta nación, ni a sus instituciones democráticas, que ha guiado la maligna pluma de algunos menguados escritores."

Y, en fin, utiliza el mismo artículo para dirigir sus dardos contra el señor von Waldeck, pintor y arqueólogo alemán*

LAS DIFICULTADES INTERIORES y exteriores continúan para la república. Texas solicita su ingreso a los Estados Unidos, y la anexión es aprobada en diciembre de 1845. Vienen las reclamaciones mexicanas y los problemas crecen; tropas de los Estados Unidos ocupan hasta el río Bravo; estalla finalmente la guerra.

Bajo el mando del general Taylor, las fuerzas terrestres invaden el país, las fuerzas navales de los Estados Unidos inician el bloqueo de los puertos del Golfo. En su avance, las fuerzas americanas vencen al ejército mexicano que, con la pérdida de su artillería y municiones, se dispersa.

* Véanse extractos de este artículo en apéndice, al final de este artículo.

El gobierno mexicano envió una división, al mando del general Mariano Arista, para evitar una invasión; otra división está estacionada en San Luis Potosí, bajo el mando del general Paredes, que a su vez aprovecha la situación para pronunciarse contra el gobierno, encabezando un movimiento reaccionario, con la meta de devolver a las clases privilegiadas sus antiguos privilegios. Se sospecha del monarquismo de Paredes. La rebelión está apoyada por casi todo el ejército y él entra en la capital como presidente. La oposición pública, expresada en la prensa, es tan general y tan violenta contra los intentos monárquicos y la imposición de un príncipe español, que Paredes se apresura a prohibir cualquier discusión sobre la forma de gobierno.

Somos hijos de un país libre —escribe Luis Martínez de Castro— que aún en medio de la lucha fratricida y de las turbulencias a que los arrastra el destino común e inevitable de todos los pueblos de la tierra, pueden levantar la frente y decir con orgullo: "Aunque desgraciados, somos libres, y nuestros hijos serán a un tiempo libres y felices."

En medio de la amenaza exterior, la población en general, así como el ejército, cansados de decenios de guerra civil, ven los acontecimientos con completa indiferencia; no hay voluntad de defenderse o de prestar los medios para la defensa. Todos tratan de salvarse y esquivar los perjuicios de la guerra. La situación en México se vuelve espantosa, un "completo olvido de las leyes, un desorden horrible, una gran dilapidación de los fondos públicos, un tremendo agiotaje, y una desmoralización del ejército, así como un completo desconcierto de la administración, descrédito en el exterior, la desmembración del territorio y el riesgo inmenso a que se halla expuesta nuestra nacionalidad." (Manifiesto de José Mariano Salas, general en jefe del ejército libertador republicano.)

La intranquilidad, las continuas rebeliones no dejan al país libertad para defenderse contra los Estados Unidos. En la capital, los generales luchan por el poder. Después de un pronunciamiento en favor de Santa Anna, Paredes tiene que huir. Llegando desde La Habana, Santa Anna había desembarcado

en Veracruz con la anuencia de los barcos americanos que bloqueaban el puerto, “entre las vivas y aclamaciones de la muchedumbre” y saludado —a pesar de cierta oposición hostil— como el “benémerito de la patria”, venido a salvarla de sus enemigos interiores y exteriores. Su regreso es un “suceso grandioso, importantísimo y de consecuencias infinitamente ventajosas para la patria” según el *Diario del Gobierno*. Se dedica a formar un ejército, con medios insuficientes, compuesto en su mayoría de hombres mal atendidos, poco disciplinados, sin elementos. Se pone a su cabeza y marcha al norte.

El vicepresidente mientras tanto, trata de resolver el problema de obtener dinero para continuar la guerra. Ni la gente acomodada ni el clero quieren ayudar, de modo que se decide nacionalizar los bienes eclesiásticos. Contra la confiscación estalla un levantamiento. Después vendrá la rebelión de los “polkos.”

Se inicia una guerra civil, con muertos y heridos en las calles. La desunión de los poderes gobernantes del país facilita la invasión norteamericana y su éxito. La indiferencia general se muestra también en ocasión de la tragedia de Veracruz, que capitula el 27 de marzo de 1847. “Un puñado de hombres valientes, descalzos, mal vestidos, pero sin más afecciones que las que inspira el verdadero patriotismo, son todos mis recursos”, había dicho el jefe de la defensa. Santa Anna, llamado de nuevo, se traslada inmediatamente a la capital, con el fin de pasar al frente de Veracruz. El camino de México a Querétaro está cubierto de carruajes, ocupados por gente de todas clases, de agentes del gobierno, de la Cámara y de los rebeldes, que salen a su encuentro para conquistar su favor y se disputan un lugar, cerca de él, para hacerse oír. “Y ardió al punto su corazón —y abominó de los hombres”, dice Luis Martínez de Castro, quien debe de haber presenciado el espectáculo.

Ahora Santa Anna llama a la unión:

Veracruz está ya en poder del enemigo. Ha sucumbido no bajo el peso del valor americano, ni aun bajo la influencia de su fortuna. Nosotros mismos, por vergonzoso que sea decirlo, hemos atraído con nuestras interminables discordias esta funestísima desgracia. Si el enemigo os vence, a lo menos que respete el heroísmo de vuestra

resistencia. Ya es tiempo de que cese todo pensamiento que no sea la común defensa. Mas si la patria sucumbe, ella legará su oprobio y su baldón a los egoístas que no quisieron defenderla, a los que traidores prosiguieron sus combates privados.

Marcha a "lavar la deshonra de Veracruz". El resultado fue la derrota de Cerro Gordo, el 17 de abril. Más tarde abandona Puebla al general Worth, que es recibido por el obispo.

Aparentemente desprestigiado, Santa Anna regresa a México el 20 de mayo. Con su presencia conjura las intrigas formadas en su contra; los intereses particulares contradictorios entre sí, impiden una acción decisiva en cualquier sentido.

En medio de estos tiempos turbulentos, Luis Martínez de Castro continúa su tranquila vida de estudio. Aprende el latín y el griego, tiene la intención de aprender el mexicano, traduce y escribe. El es uno de los admiradores más fervientes del espíritu alemán y uno de los primeros introductores de la literatura alemana en México, esta literatura del preromanticismo que ya empieza a difundirse.

Para él, la lengua alemana es "sin disputa la más rica de cuantas se hablan hoy en Europa", y lamenta que sea tan ignorada en México.

Oloardo Hassey, primer germanista, primer autor de una gramática y una historia de la literatura alemana en México, habla del "pundonoroso Luis Martínez de Castro muerto en la flor de la edad", que "fue el primero que nos dio a conocer en castellano una parte de las bellezas de la literatura alemana". Se refiere ante todo a una traducción directa del alemán: "Ein schaudervoller Traum" (Un sueño terrífico) de Jean Paul (Richter) que apareció en el *Liceo Mexicano* en 1844; traducción que Oloardo Hassey en su *Estudio de la Literatura alemana*, elogia como una "entre las pocas traducciones sacadas del alemán por mexicanos, que he visto con particular gusto . . . tanto por la hermosura del original como por el interés que inspira el traductor". Luis Martínez de Castro comenta en la introducción que "sólo algunos fragmentos de las obras [de Jean Paul] son conocidos de los extranjeros, pues la mayor parte de

ellas es y será siempre intraducible". Y el traductor mismo no está convencido ni de su propio mérito ni del valor de las traducciones en general. "Si su mérito no corresponde a la espec-tación de los lectores, la culpa no es del inimitable Richter, sino de nosotros, sus intérpretes", se disculpa, y explica:

No sé, si bien se mira, tarea más ingrata y fastidiosa ni que sea tan mezquinamente premiada que la de aquél que se pone a traducir, pues está averiguado que si el trabajo es propio, el merecimiento y la alabanza son ajenos, como ya otros lo han hecho notar; yo tengo para mí que a los pobres traductores acontece lo que a los médicos, cuando por ventura sanan a algún paciente de su enfermedad, pues entonces suele el común de las gentes atribuir la cura exclusiva-mente a la bondad divina, sin hacer cuenta la atingencia o pericia del doctor. Verdad es que ni esta consideración ni cuanto además pudiera decirse bastan para disculpar las intolerables traducciones que hoy en día se dan a luz, entre las cuales hay algunas de tal naturaleza, que no parece sino que sus autores escribieron aguijoneados por el hambre, y si no es maravilla que en lugar de la ver-sión que deseábamos leer, sólo encontramos a veces una repugnante perversión de ideas y de lenguaje.

Y lo que digo en mengua de otros no es mi ánimo que refluya en alabanza mía, pues confieso con igual ingenuidad que tuvo razón sobrada el divino Cervantes, cuando aseguró que es obra poco meritoria el traducir, salvo si aquellas producciones que han brotado de una imaginación brillante y atrevida y en las cuales la valentía de las metáforas, la sublimidad de los conceptos o bien las sales peculiares de cada lengua, que son como plantas que sólo florecen en el patrio suelo, forman otros tantos escollos que seriamente ponen a prueba la habilidad del traductor, siendo la razón de esto que con ciertos escritores sucede lo que con las aguas espirituosas, que vaciadas de una a otra vasija, inevitablemente se debilitan y evaporan.

A pesar de todo, Luis Martínez de Castro entiende su tarea como de mediador entre diversas culturas y literaturas. Traduce también frecuentemente del inglés: los relatos de madame Cal-derón de la Barca sobre su estancia en México; "Muchas cosas dichas en pocas palabras" de Colton; unas "Bellezas de Shake-speare"; un cuento anecdótico alemán sobre sir Walter Scott.

Precisamente en este aciago año de 1847, aparece en el *Pre-sente Amistoso para las señoritas mexicanas*, la "Leyenda escrita

por Bürger: Leonor”, traducida del alemán en prosa, aunque el original esté en verso, y cuyo tema es la muerte.

Esta balada, que incluimos en apéndice a este artículo, por su interés general, poema famosísimo, fue en su época una obra revolucionaria, anticipadora de rasgos del romanticismo alemán que se conocería en México al mediar el siglo *xxx*. Precisamente Bürger (1748-1794), espíritu violento y rebelde, despierta el entusiasmo de la juventud que está al punto de romper las cadenas políticas y aquéllas de las reglas severas de la Ilustración. Publicada en el *Almanaque de las Musas* en 1774, tiene importancia literario-histórica por su inusitada mezcla de momentos épicos, líricos, dramáticos y misteriosos, en los que es ya evidente la influencia del nuevo espíritu. La cabalgata de la muerte, con su hechizo musical y místico, la profundidad y originalidad, la la forma perfecta del verso, llena de vida, provocaron tempestades de aplausos; el poema se difundió rápidamente por toda Alemania, y fundó la fama del poeta entre los cultos y el pueblo; se debe a Luis Martínez de Castro su difusión relativamente temprana en México.

En ese mismo año de 1847, en la capital de México, desunida, reina un gran desaliento ante el poder del enemigo; la gente está consciente de su incapacidad de rechazar un ataque. Muchos ciudadanos no quieren defenderse. El partido conservador, el clero y mucha gente rica buscan la protección de los poderes extranjeros representados en la ciudad.

Pero el partido de la guerra gana fuerza; los políticos que ven en la continuación de la lucha un medio para terminar con el poder del partido conservador, todavía dueño del gobierno, se unen a los jóvenes airados, lastimados en su orgullo nacional, que consideran la posibilidad de una paz como infamante para el honor patrio.

Santa Anna inicia los preparativos de la defensa: obliga al partido clerical a contribuir con dinero; establece el servicio militar obligatorio para todos los mexicanos entre dieciséis y cincuenta años, que deben presentarse, con o sin armas en los puntos fortificados de la capital; dicta una ley que condena a

los desertores a la pena de muerte; mandar fundir cañones y los jefes de cada cuerpo militar tratan de disciplinar y entrenar a sus tropas improvisadas. Varios puntos de la capital son fortificados: el Peñón Viejo en el este, el convento y el puente Churubusco en el sur, en el suroeste Chapultepec y en el norte las garitas de Nonoalco y Peralvillo. Los defensores suponen que los americanos tratarán de entrar en la ciudad desde el Peñón.

Al acercarse el enemigo, la alarma en la ciudad es grande. Una enorme multitud se reúne alrededor del Palacio Nacional. Hay bandas de música que tocan, hay banderas, gritos contra los americanos, a los que llaman "miserables aventureros", "patrullas de forajidos que quieren sojuzgar a la República Mexicana". Se oyen vivas entusiastas a la República y al presidente, y mueras a los enemigos de la patria . . .

En esta hora, comprendiendo que la defensa es inevitable, la mayoría de los capitalinos, de todas las clases sociales se reúnen para resistir y ayuda a fortificar dos líneas de defensa, la última en el perímetro de la ciudad misma.

Los cuarteles de la Guardia Nacional se llenan de voluntarios, sobre todo de jóvenes, entre ellos niños que todavía no pueden ni cargar el fusil; se desborda el entusiasmo nacional. La Guardia Nacional del Distrito se compone de ciudadanos, en gran parte de casas acomodadas, que abandonan sus empleos, sus tiendas de comercio y sus talleres, y acuden a los cuarteles, dispuestos a pelear. También los extranjeros de la ciudad participan en la exaltación general; muchos de ellos ingresan en las compañías de San Patricio, formadas por irlandeses, o en la Legión Extranjera.

Los voluntarios se arman de fusiles, cuya mayor parte se encuentra en mal estado. Con grandes dificultades se organiza la tardía preparación de una defensa condenada al fracaso desde el principio.

En total, el ejército improvisado tiene alrededor de 20 000 hombres, con cien piezas de artillería. Y no faltan las notas discordantes. Los así llamados aristócratas en el campamento del Peñón convierten el punto de defensa en un paseo campestre. Las principales familias se dan cita y celebran días de campo.

Por disposición de los padres de la Profesa, en el campamento se usa el toldo de la procesión de Corpus, para que el sol no moleste a los futuros combatientes. El general en jefe, Santa Anna, también está en el Peñón para dirigir las operaciones.

Luis Martínez de Castro se encuentra entre los primeros que se alistan. Haciendo a un lado todas las consideraciones particulares, se siente llamado a tomar parte en la defensa, en cumplimiento con el primordial entre sus deberes de ciudadano. Deja sus asuntos meticulosamente arreglados, según su costumbre, e inmediatamente se reúne con los jóvenes que en aquellos días se apresuran a tomar las armas. Su salud no es robusta, pero no le importan peligros personales; su convicción de cumplir con un deber ineludible lo arrastra, mientras tantos otros buscan la manera de eludirlo. Desprecia el egoísmo de otros, y conscientemente quiere dar un ejemplo. Deja en la casa paterna una vida de hábitos pacíficos, inclinaciones intelectuales, disciplina rígida. Convertirse en soldado debe haber sido un gran sacrificio para un hombre de su carácter. Sus finos modales y su esmerada educación hacen para él especialmente difícil la necesaria convivencia con toda clase de gente. Nada hay de espíritu guerrero en él, nada de ciego entusiasmo juvenil, cuando deja su empleo, abandona sus obras literarias, interrumpe sus sistemáticos estudios y acude a alistarse en las filas del batallón de Independencia de la Guardia Nacional, que, como todos creían, sería el primero expuesto al combate. Recibe el nombramiento de capitán de la compañía de cazadores.

A los 20 000 defensores de la ciudad se enfrentan los estadounidenses con 10 500 hombres. El Peñón parece demasiado fortificado y Scott se desvía a Tlalpan, donde estaba estacionado el general Gabriel Valencia, jefe de los restos del ejército del Norte.

Santa Anna no considera prudente resistir, y se retira a San Angel, ordena a Valencia abandonar su posición y seguirle, orden que Valencia desobedece. Después de los primeros encuentros, el general se cree victorioso y no reconoce su situación peligrosa. El campo queda tranquilo y en absoluta oscuridad. Pero a la protección de la noche, los americanos aumentan sus fuer-

zas y realizan un movimiento envolvente. Los fuertes aguaceros de agosto molestan a los soldados mal abrigados, las municiones se mojan y quedan inservibles. El campo está lleno de agua, al amanecer el día gris y nublado del 20 de agosto. Los americanos atacan desde la retaguardia. La confusión es total. Hay órdenes y contraórdenes, las propias tropas son confundidas con el enemigo. El fuego no puede ser contestado, porque no hay municiones, y a pesar de todos los esfuerzos y el sacrificio de vidas, la batalla está perdida en menos de media hora. La retirada se realiza con gran lentitud. La calzada está inundada todavía y en mal estado. Familias enteras que con infinidad de carros tratan de huir de los ranchos y haciendas y ganar la capital, estorban el paso.

Los americanos, tomando el camino por el Pedregal cortan el paso a las tropas antes de llegar al puente de Churubusco; en el camino quedan abandonados los carros de bagajes; los cañones y toda la artillería están perdidos. Cientos de hombres huyen sobre el camino a San Ángel, y muchos oficiales y soldados caen prisioneros.

Como la división del Norte quedó aniquilada y dispersada, Santa Anna trata de detener las tropas en plena huida. El siguiente punto de defensa es el convento y el puente de Churubusco, donde los cuerpos Hidalgo y Victoria llegan en buen orden. Santa Anna ordena que continúen a México y que los defensores de Churubusco resistan lo más posible para proteger la retirada. Pero a la entrada del puente hay más confusiones, el tránsito está obstruido por carros de municiones y todavía no está bien fortalecido el punto de defensa, cuando ya se acerca el enemigo, protegido por altas milpas. Scott empieza a atacar el convento. Se inicia la lucha bajo el mando del general Manuel Rincón; los mil defensores son de los batallones Independencia y Bravo, de la Guardia Nacional, y una parte de las compañías de San Patricio, a las cuales pertenecen una compañía de estudiantes de jurisprudencia y otra de estudiantes de medicina, entre cuyos oficiales están Leopoldo Río de la Loza, Francisco Vértiz y Francisco Ortega, el general Pedro María Anaya y el escritor y diplomático Manuel Eduardo Gorostiza.

Los defensores no tienen municiones ni recursos, pero la resistencia es tenaz. La batalla deja un saldo de 136 muertos y 99 heridos, todo el resto, jefes, oficiales y soldados, entre ellos Gorostiza, caen prisioneros. “El general Rincón, jefe del punto, y otros dos generales [Anaya y Ramírez Arellano] con 104 oficiales y 1 155 soldados, piezas de artillería, armas de mano, cayeron en nuestro poder.” (Informe del general Twigg.)

Los prisioneros reciben un trato respetuoso y cortés de parte de los jefes enemigos.

Entre los oficiales mexicanos muere allí el teniente coronel Francisco Puññuri, y mortalmente herido “por una bala y dos postas que penetraron cerca del hombro derecho” cae el capitán Luis Martínez de Castro. El general Rincón elogia el comportamiento de estos dos oficiales.

Los médicos desean trasladar al herido a la capital; su anterior jefe, el señor Mackintosh, interpone su influencia con los victoriosos jefes americanos, para que permitan su traslado. El 24 de agosto lo llevan al hospital de la capital. Sus heridas son graves y la medicina, hace 120 años, no disponía aún de remedios contra la gangrena, para la cual, según relata García Icazbalceta, había una predisposición hereditaria en su familia.

Nada se puede hacer. Luis Martínez de Castro muere el 26 de agosto de 1847, tranquilo —como dicen sus biógrafos— sereno y en profunda fe religiosa. Su entierro demostró que era apreciado y amado por muchos, “su muerte fue sentida como una desgracia nacional”.

Santa Anna se retira a la capital. Se concierta un armisticio, roto a principios de septiembre. Los primeros americanos que se atreven a entrar en la ciudad, son apedreados por el pueblo, con gritos de “muera el invasor”, “muera Santa Anna, traidor”. El gobierno trata de suprimir el tumulto. No hay defensa posible.

APÉNDICE

ISIDORO LÖWENSTERN Y SUS MEMORIAS SOBRE MÉXICO

Es lügt der Slave—Miente el esclavo

[extractos]

INJUSTICIA se comete apellidando indistintamente viajeros a todos los que viajan, pues si bien se mira, viajeros hay como Winkelman, Forter, Heinse y Humboldt, que en su línea pertenecen, por decirlo así, a la verdadera clase de pintores, puesto que han demostrado con sus obras que supieron estudiar con fruto la naturaleza y la especie humana, al paso que existen otros, y no son pocos, que a semejanza de los pintores de brocha, tan sólo saben pintar de blanco lo que era negro y más frecuentemente lo contrario...

Si es cierto que una obra es el mejor retrato de su autor, yo tengo para mí que éste ha de ser igualmente parecido a aquélla; lo cual digo, porque si solamente en extracto he leído las consabidas *Memorias*, en cambio conocí personalmente a su autor...

...era hombre que medía mucho más de ocho cuartas y ya usted ve, señor lector, que por sus tamaños pudo haber, llamado la atención... ¿Quién creyera que este colosal anticuario, en lugar de ver y dejarse ver en plazas y mercados, tuviese la inaudita ocurrencia de encerrarse en un cuarto de la posada sita en la calle de Vergara, durante los pocos meses que en México estuvo, a acepillar su sombrero y ensuciar pliegos de papel? Y adviértase que este recoleto, metido todo el día en su celda no puede haber formado sino juicios temerarios de los mexicanos, puesto que ni fue jamás admitido en la buena sociedad de éstos, ni sabía una palabra de español... Hay más: el carnívoro tudesco de quien voy hablando no ha escrito él la obra que bajo su nombre ha visto la luz, pues hablaba tan imperfectamente el idioma francés, que a pesar de la osadía que le caracteriza, no creo se haya atrevido a escribir en esa lengua un párrafo siquiera destinado al público. ¿Qué crédito, pues, merece una obra

en que se juzga magistralmente a toda una nación y a sus más distinguidos ciudadanos con una severidad de que apenas hay ejemplo, y cuyo autor ignoraba de todo punto la lengua del país, que ha querido malignamente infamar, que tan sólo ha permanecido en él unos cuantos meses y esto sin haber tenido en todo ese espacio de tiempo comunicación alguna con los nacionales? ... ¿podrá ser imparcial al tratar de una república del Nuevo Mundo, un miserable esclavo, nacido en un país tan despótico como la misma Rusia, que es cuanto se puede exagerar? Esto no lo digo yo, sino viajeros de diversas naciones que han recorrido últimamente los dominios de Austria, y que además describen de tal modo la miseria, el atraso, en suma la infeliz situación de la Hungría, la Bohemia y otras provincias del imperio austriaco, que mal que pese al retrógrado viajero, y por deplorable que fuese nuestra suerte, no la cambiaríamos, a fe, por la de aquellos pueblos desgraciados ... Claro está, pues, que Löwenster espera y obtendrá probablemente de su gobierno alguna muestra de agradecimiento por el rabioso empeño que manifiesta en que la Europa nos haga una visita.

... obra [la de C.C. Becher: *México en los memorables años de 1832 y 1833*] enteramente desconocida entre nosotros, acaso por el idioma en que está. No se crea que son una panegírico de los mexicanos. Nada menos que eso; contienen críticas justas así como otras fundadas en gravísimos errores; pero se echa de ver muy fácilmente, leyendo la obra entera, que ni en éstos ni en aquéllas ha tenido parte el odio a esta nación, ni a sus instituciones democráticas, que ha guiado la maligna pluma de algunos menguados escritores.

... el infame pintor Waldeck, que también blasona de observador y de político, ha mentido en sus fantásticas descripciones arqueológicas (y es mucho decir) ... Este mismo individuo que sólo es capaz de engañar a los que no le conocen, cuando se escapa de su boca o su pincel un rasgo de verdad, es miembro de algunas sociedades científicas de Europa merced a una obra en que ha estampado sus pesadillas arqueológicas ...

Malaespina y Bienpica
El Liceo Mexicano, 1844.

LEONOR

Leyenda escrita en verso por Bürger. Traducida del alemán para el *Presente amistoso* por L.M de C.

DESPUNTABA LA AURORA, cuando despertó Leonor, agobiada por los fatigados sueños de la noche. —¿Me eres infiel, caro Guillermo, decía, o ya no existes? ¡Ah! cuánto tiempo tardarás aún.

Guillermo peleó en la batalla de Praga, que diera el rey Federico y no había enviado nuevas de la suerte que corrió en ella.

El rey y la emperatriz, cansados de tan prolongada contienda, se mostraron menos exigentes y hubieron de ajustar la paz. Los diversos escuadrones de sus ejércitos, adornados de verdes laureles y de palmas, se retiraban ya a sus hogares, en medio de los cánticos de júbilo, del tañido de las campanas y el toque de los sonoros atabales.

En caminos, en senderos, por todas partes, en fin, correspondían el mozo y el anciano al grito de júbilo de los que iban llegando. “Alabado sea el Señor”, exclamaban el tierno infante y la esposa. “¡Bienvenido!”, prorrumpían los jóvenes amantes.

Mas ¡ay! que para Leonor, ni saludo ni beso, nada de esto había.

Recorrió las filas preguntando por su amante, le llamó por mil nombres; mas no acertó a dar razón de su paradero ninguno de los recién venidos.

Pasó al fin todo el ejército, y entonces se arrancó Leonor sus cabellos, negros como el ébano, y arrojóse contra la tierra, haciendo violentas contorsiones.

Acudió al punto su madre, diciendo: ¡Ay! Dios, Dios bueno. ¿Qué tienes, querida hija? —y la estrechó contra su corazón.

—Madre, madre, perdida soy. Perezca el mundo también, ¿me importa acaso? ¡Ah! Dios no tiene piedad. ¡Desdichada, amarga de mí!

—¡Misericordia, Señor, misericordia! Hija, reza una oración; mira que lo que Dios hace, bien hecho es. ¡Apiádate, Señor!

—¡Oh, madre, madre! ¡Vana ilusión! Lo que Dios hace conmigo, no es bien. ¿De qué aproveché mi plegaria? Ya no hay necesidad de más.

—Escúchame, hija querida; acaso tu falaz amante, allá en la remota Hungría, ha renegado de su fe y contraído nuevos lazos. Renuncia, pues, a su corazón; el suyo no saldrá ganancioso.

so en el cambio, y cuando le sorprenda la muerte, se dolerá de su perjurio.

—¡Madre mía, mi madre! Es irreparable mi pérdida; la muerte, sí, la muerte es mi única esperanza. ¡Ah, si no fuese yo nacida! ¡Apáguese la antorcha de mi vida para siempre! ¡Muera yo, muera en medio de las tinieblas y el espanto, que Dios no tiene piedad de esta infeliz!

—Ampáranos, Señor, y no llares a juicio a tu pobre criatura, pues no sabe ella lo que dice su lengua; no le tomes en cuenta su pecado, Señor. Hija mía, echa en olvido esa terrenal pasión; piensa únicamente en Dios, en su gloria, y entonces tu alma no carecerá de esposo.

—¿Qué es la gloria, madre mía? ¿Qué es el infierno para mí? Mi gloria está cifrada en él, ¡sin él no hay más que infierno! Extíngase la antorcha de mi vida para siempre; espírese yo en medio de las tinieblas y el espanto, pues sin él en la tierra no quiero ser feliz.

Enardecidos así por el despecho su cerebro y sus venas, continuó Leonor ultrajando con temerario labio la providencia del Señor y se desgarró el seno y se despedazó las manos, hasta que se puso el sol, hasta que en la bóveda del cielo brotaron las estrellas de oro.

Mas, ¡escuchad!... por la parte de afuera... ¡trap, trap, trap!... tal parecen los cascos de un caballo.

Y un caballero se apeó y resonaron sus armas en las gradas. ¡Escuchad, escuchad! la campanilla suena: ¡tlin, tlin, tlin! Y al través de la puerta se dejaron percibir estas razones:

—¡Ola, ola, abre, querida! ¿Duermes acaso, o estás en vela? ¿Me amas aún, amada mía? ¿Estás riendo o derramando lágrimas?

—¡Ah! Guillermo. ¿Eres tú?... ¿Tan entrada la noche vas llegando? Mucho llanto y vigiliass me has costado. ¡Ah! mucho he padecido por ti. ¿De dónde vienes? ¡Dime!

—Ensillamos tan sólo a medianoche, y he caminado mucho para llegar aquí, desde Bohemia; ya muy tarde monté. Quiero que te vengas conmigo.

—¡Ah! Guillermo, entra entra, que el viento está silbando entre las ramas del espino blanco. Entra, ven a mis brazos, amado de mi corazón, que estarás arrecido.

—¿Qué importa, querida mía, qué importa que el viento silbe entre las ramas del espino blanco? Impaciente mi corcel, rasca la tierra; la espuela está vibrando, y yo no me atrevo a permanecer aquí. Ven, arregázate y salta a la grupa de mi ca-

ballo negro, pues hoy mismo es fuerza caminar cien millas más, para llegar contigo al sitio en que se halla el tálamo nupcial.

—Y, ¿quieres caminar cien millas todavía para conducirme al tálamo nupcial? ¿Pero no oyes? . . . Es el zumbido, perceptible aún, de la campana que acaba de dar las once de la noche.

—Mira, en tu rededor, mira la luna, cuán brillante está. Nosotros y los muertos caminamos con mucha rapidez. Hoy mismo, hoy te he de conducir al tálamo nupcial.

—Dime, Guillermo, ¿en dónde está el aposento? ¿Dónde el tálamo nupcial?

—Está lejos, lejos de aquí. Es pequeño y fresco y sosegado; seis tablones y dos tablas.

—¿Y hay lugar para mí? —Le hay para ambos. Ven, arre-gázate y salta a la grupa, que los convidados nos aguardan, y las puertas del aposento están ya abiertas.

La hermosa joven trepó ligera sobre la grupa del corcel, y con sus brazos y sus manecitas, blancas como el lirio, se asió del amante caballero, y . . . ¡hurrá, hurrá! ¡Hop, hop, hop! se fueron alejando, alejando, a galope, galope velocísimo.

Ya ni el jinete ni el caballo alcanzaban resuello, e iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

Y por la mano derecha y la siniestra, como que huían rápidamente de sus ojos, pasaron campiñas y dehesas, y al pasar ellos, los puentes retumbaban.

—¿Te estremeces, querida? ¿No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! Veloces cabalgan los difuntos. ¿Te amedrentan, amada mía, los difuntos? —¡Ah no! mas déjalos en paz.

—¿Qué siniestro murmullo, qué canto es ese que se percibe aquí? ¿Por qué están los cuervos aleteando? ¡Oíd! . . . Tañen las campanas. ¡Escuchad! . . . es el oficio de difuntos. “Sepultemos el cadáver”, van cantando.

Y el fúnebre acompañamiento se acercaba y venía sopesando un ataúd. Era aquél un son parecido al clamor de la rana en el estanque.

—Después de medianoche será el cuerpo sepultado, y entonces será el doblar de las campanas, y los cánticos fúnebres y los lamentos. Entre tanto, conduzco a mi joven esposa a mi morada, al tálamo nupcial.

¡Sorchantre, ven aquí y entona con el coro el cantar de los esposos! Sacerdote, venid y bendecidnos antes de entrara al tálamo nupcial.

Y el cantar y el tañer cesaron . . . Desapareció el ataúd.

Como obediente al llamado de Guillermo, vino alguien siguiéndolos, siguiéndolos de cerca, y ellos se fueron alejando, alejando, a galope, galope velocísimo.

Ya ni el jinete ni el caballo alcanzaban resuello, e iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

¡Cómo desaparecían por uno y otro lado, arboledas, montañas y vallados! ¡Cómo se desvanecían villorios, aldeas y ciudades!

—¿Tienes miedo, querida? ¿No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! Veloces cabalgan los difuntos. ¿Te amedrentan, amada mía, los difuntos? ¡Ah! déjalos, déjalos en paz.

—¡Mirad! ahí en el patíbulo. ¡Mirad! A la luz de la luna se vislumbra un fantasma; un malhechor es el que está danzando en el eje de la rueda de suplicio. —¡Hola! ¡Ven acá; síguenos, y antes de subir al lecho, báilanos la danza de la boda.

Y el malhechor vino, y fue siguiéndolos. Sus pisadas producían un crujido semejante al que forma el torbellino sacudiendo el seco follage en las arboledas de avellanos.

Y siguieron adelante, adelante, ¡hop, hop, hop! a galope, galope velocísimo.

Ya ni el bridón ni el caballero alcanzaban resuello, e iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

Y las nubes que en torno de la luna aparecían, ¡cuán lejos se quedaban! El cielo y las estrellas parecían huir.

—¿Te estremeces, querida? ¿No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! ¡Veloces cabalgan los difuntos! ¿Te amedrentan, amada mía, los difuntos?

—¡Ay de mí! Déjalos en paz.

—Creo que el gallo canta, negro corcel mío. Pronto se habrá deslizado la arena del reloj. Percibe ya el ambiente de la mañana; apresúrate pues... —Terminó ya nuestra jornada, y está preparado el tálamo nupcial. ¡Veloces cabalgan los difuntos! Vednos aquí ya.

Y a rienda suelta se encamina hacia una puerta de hierro, y candado y cerradura saltaron de repente a un solo golpe del látigo flexible.

Abriéronse las puertas rechinando, los cascos del caballo hollaban sepulcros, y a la luz de la luna relumbraban los túmulos.

¡Oh dolor! Mirad, que en un momento, ¡prodigio horrendo! se van desmenuzando uno por uno los diversos atavíos del caballero, y comienzan a caer cual madero podrido que se desmorona. Y su cabeza se trocó en descarnada calavera, sin guedejas ni trenza, su cuerpo en esqueleto con su reloj de arena y con su guadaña.

El caballo negro encorvó el lomo, y despidiendo chispas con relincho salvaje, hudióse y desapareció.

Óyense alaridos en los aires y gemidos que salen de lo hondo de las tumbas.

Trémulo el corazón de Leonor, está luchando entre la vida y la muerte.

Illuminados por la luna, danzan los espíritus en torno, y dicen aullando:

"A la voluntad de Dios no hay que oponerse. Resignaos, pues, aunque se os parta el corazón".

"Libre estás ya del cuerpo". —"Dios tenga piedad de tu alma".

Presente Amistoso para las señoritas mexicanas, 1847, p. 63.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Luis MARTÍNEZ DE CASTRO:

"El hombre sensible". *Liceo Mexicano* (México), 1844.

"Fuera cumplimientos". *Liceo Mexicano* (México), 1844.

"Isidoro Löwenstern y sus *Memorias sobre México*". *Liceo Mexicano* (México), 1844. Firmado con el pseudónimo de Malaespina y Bienpica.

Traducciones de Luis MARTÍNEZ DE CASTRO:

"Bellezas de Shakespeare". *Liceo Mexicano* (México), 1844.

Jean Paul RICHTER: "Sueño terrífico". *Liceo Mexicano* (México), 1844.

COLTON: "Muchas cosas dichas en pocas palabras". Con una introducción del traductor. *Liceo Mexicano* (México), 1844.

"Un botón de chaqueta". (del alemán). *Presente amistoso para las señoritas mexicanas*, México, 1847.

BRÜGER: "Leonor. Leyenda escrita en verso por..." *Presente amistoso para las señoritas mexicanas*, México, 1847.

Otras obras consultadas:

Oloardo HASSEY: *Estudio de la literatura alemana*, México, Imprenta de José M. Lara, 1852-1854.

Joaquín GARCÍA ICAZBALCETA: *Biografías* (vol. IX de *Obras*), pp. 249-254.

Guillermo PRIETO: *Memorias de mis tiempos*.

Enrique OLAVARRÍA Y FERRARI: *México independiente* (vol. VIII de *México a través de los siglos*), México, Editorial Cumbre, 1962.